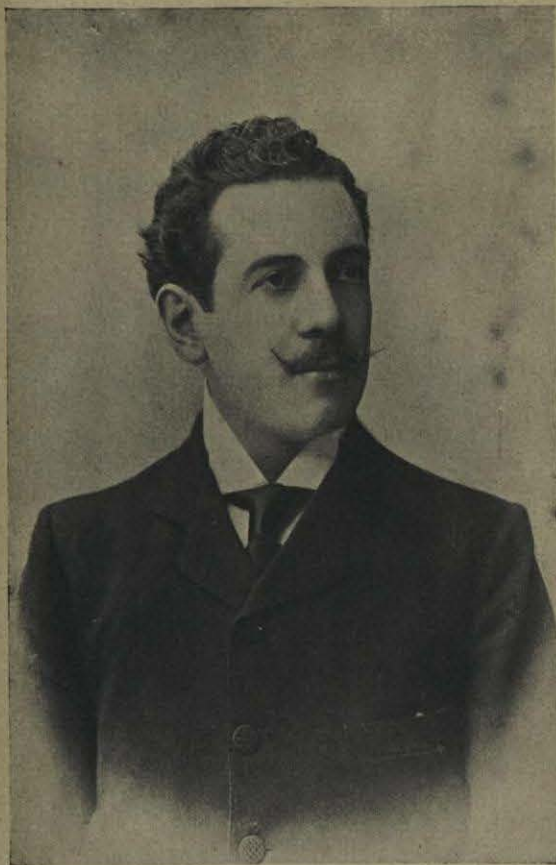


en el perfume que tu aliento deja  
en la luz y en el aire, que te baña.

Pasas... y se desprenden por do quiera  
efluvios mil de música y olores;  
va contigo la alegre primavera,  
lo que soñé, infeliz, en mis amores.

Cuando pasas, de amor embebecido  
me deja el fuego que en tus ojos brilla;  
el corazón suspende su latido,  
y el alma temblorosa se arrodilla!



Miguel Luis Rocuart

\*\*\*\*\*

MIGUEL LUIS ROCUANT

Nació en Valparaíso en 1877. En «Líneas» escritas para su primer libro de versos, publicado en 1898, decía Marcial Cabrera Guerra: «Hay en la esencia de este libro de poeta el culto místico á la belleza pagana—toda la voluptuosa adoración de las líneas y las formas,—exhalada al través de un religioso sensualismo, que da su original y extraño carácter á esta poesía en que á cada paso la emoción sensual se purifica, se idealiza en la castidad de un virginal ensueño. Lo notaréis en sus símbolos, en su construcción fraseológica, donde á menudo los vocablos van reñidos unos con otros, manteniéndose la armonía sólo bajo el imperio del sentido interno de cada poema.»

CREPUSCULAR

I

Cansada la pupila de mirar al abismo  
abierta en la profunda vaguedad de mí mismo,  
sin hallar más que sueños, gérmenes de locuras  
esbozos de imposibles, me fuí por las llanuras  
de la tierra. Sentía la pasión de algo eterno,  
de un ideal muy grande, muy poderoso y tierno.  
De la tierra quería buscar en el fecundo  
aliento de su espíritu inaccesible, errabundo,  
el ideal sagrado de piedad y justicia  
que en mí sintiera en larva; recoger la caricia  
de los cálidos soplos, y la vaga ternura  
del vespéral silencio que cae de la altura;

quería de la tierra inclinarme en acecho,  
y ahogando el brioso palpitar de mi pecho,  
oir distintamente las blandas pulsaciones  
de su savia ligera; sentir las impresiones  
de su rostro y ansiaba, cual en una sibila,  
ver en el terso lago—su plácida pupila,—  
destellos visionarios do temblase el futuro...

II

Los árboles vibraban al fugitivo y puro  
aliento perfumado del aura vespertina;  
del lago limpio y terso la ribera argentina  
sonreía. Pasaba por mi sien con voz leda,  
el aura destrenzando melodías de seda.  
Bañado de dulzura, miraba yo, tranquilo,  
cómo iban los juncos—entrelazando hilo  
de oro y nieve,—corriendo por la verdosa orilla.  
El fondo del paisaje tenía la sencilla  
y triste nota de unos torvos vendimiadores  
que ya recolectados los racimos mejores,  
lentamente buscaban y con ávidos ojos,  
apartando las vides, miserables rastrojos.  
El sol les extendía, como purpúreo manto,  
su luz sobre la espalda suavemente y en tanto  
al ocaso caía. Sintiendo la tristeza  
de ese instante solemne de la naturaleza,  
habló á la tierra mi alma:—Debe ser sólo nieve  
lo que guarda tu pecho cuando no se conmueve;  
cuando, glacial é inerte, resistes al anhelo  
de los pobres que buscan en tu lodo su cielo;  
cuando no entregas nunca la flor ni el fruto sano  
á ellos que sembraron en los surcos el grano;  
cuando pasar escuchas los ayes de sus penas  
sin que apure su ritmo la sangre de tus venas;  
y no impides que sigan por la existencia, presos  
de la miseria, todos los explotados, esos  
que deben ser tus hijos, á los que siempre lleva  
uncidos á su carro la triunfadora gleba;  
todos esos que duermen en tu mismo regazo  
cara á cara contigo, y que en gélido abrazo  
cuando muertos, los tienes en el valle ó la sierra,

bajo el lóbrego beso de tus labios de tierra,  
para que nunca donde su cuerpo se consume  
suba de las plegarias el íntimo perfume,  
ó inciense fresca rosa que fiel amor encarne,  
si alguna no florece de su mísera carne!  
El mar, le dije, es mucho mejor que tú, inmenso  
como es, rudo, salvaje, su poderío intenso  
es arrullo en la espuma, se ve cuando medita  
y se oye aún si leve su corazón palpita.  
Su alma soñadora sonríe y se entenece  
con la dicha ó la angustia de los hijos que mece.  
Yo he visto su ternura más grande que la humana  
y siempre lo recuerdo: fué una fría mañana;  
un pescador que todas las ansias de su vida  
diera en aras de joven, virginal prometida,  
lleno de fe, las velas de su rústica barca  
dió al viento del mar desde la roca que demarca  
el linde de la costa. Dejando nivea estela,  
alejóse la barca de temblorosa vela.  
El pescador, soñando, contemplaba la prora  
que las aguas hendía con fiebre embriagadora,  
y como de un anhelo carnal en los umbrales,  
alzaba y, voluptuosa, rompía los cendales  
de las espumas... Luego, con la dulce esperanza  
de ver en la remota, profunda lontananza  
á su fiel prometida, se apoyaba en un remo  
y se erguía anhelante, de una ola al extremo,  
por mirar á lo lejos. Fué el mar esa mañana  
más tierno que la novia: en la tierra lejana  
y en lo alto de la roca desde donde partiera  
el pescador, suplía la amorosa quimera  
tremolando la espuma con el constante anhelo  
con que ondula en las playas un adiós de pañuelo.  
El pescador perdióse llevando en la mirada  
la mentida ternura del adiós de su amada,  
que flotó hasta las luces postreras de aquel día,  
en la margen brumosa de la azul lejanía.  
El mar sabe que es cierto lo falso que se crea,  
y no importa que engañe la luz de alguna idea  
si nos lleva incansable, con mirada encendida,  
al través de las sombras y luchas de la vida;  
ni importa que la tierna claridad de la frente

de quien amemos, sólo la forma el ignescente  
reflejo de uno mismo, si por siempre en ella,  
lucir vemos de un alma la vívida centella;  
ni importa que la carne sea apariencia vana,  
y, cual ayer, estuvo no esté nunca mañana  
ni hoy, ni que nos mienta su floración virgínea  
si nuestros labios tiemblan al recorrer su línea  
fugitiva; ni importa que el más remoto sueño  
perdido en lo imposible, sólo esté bajo el ceño  
de nuestra sién, si vemos, en la vaga ribera  
del porvenir lejano, palpitar la quimera,  
la cándida mentira de nuestros ideales,  
cual la espuma en la roca, con lirios inmortales!

III

Así ¡oh madre tierra! debe ser sólo nieve  
lo que guarda tu pecho cuando no se conmueve;  
cuando, glacial é inerte, resistes al anhelo  
de los pobres que buscan en tu lodo su cielo;  
cuando no entregas nunca la flor ni el fruto sano  
á ellos que sembraron en los surcos el grano;  
cuando pasar escuchas los ayes de sus penas  
sin que apure su ritmo la sangre de tus venas;  
y no impides que sigan por la existencia, presos  
de la miseria, todos los explotados, ésos  
que deben ser tus hijos, á los que siempre lleva  
uncidos á su carro la triunfadora gleba;  
todos esos que duermen en tu mismo regazo  
cara á cara contigo, y que en gélido abrazo  
cuando muertos, los tienes en el valle ó la sierra,  
bajo el lóbrego beso de tus labios de tierra,  
para que nunca donde su cuerpo se consume,  
suba de las plegarias el íntimo perfume,  
ó inciense fresca rosa que fiel amor encarne  
si alguna no florece de su smísera carne...

IV

Mi espíritu acechaba. Descendía la noche;  
por la faz de la tierra, un gesto de reproche  
pasó veloz. El lago su plácida pupila

atisbó entreabriendo su enorme fondo lila  
constelado de estrellas, y por su vasta frente,  
formada de los campos tendidos al poniente,  
se deslizó la tarde con pavor visionario,  
con voluptuosidades de ensueños sanguinarios  
como mancha de rabia por el paso inseguro  
de un tiempo que viniera desde el hondo futuro!

AL BORDE DE LA COPA

I

Pálida virgen de cabellos blondos,  
¿por qué si voy á ti, lloras y apagas  
la claridad de esos abismos hondos  
que oran á Dios en tus pupilas vagas?

¿Tienes miedo de mí? ¿Por qué esa leve  
otoñal palidez que me da frío?  
Cálmate, y deja que en tu faz de nieve  
caiga el óleo carnal de un beso mío.

Y bébelo, sin púdicos agravios,  
como gota de sol tu alma sin tize,  
y abre tus brazos al besar mis labios  
creyendo desplegar alas de cisne.

No impidas que tus senos se levanten,  
marcando las cadencias y las normas  
de tu sangre de virgen, ni que canten  
las notas orquestales de tus formas,

Y tiende á mí tu boca, como un vaso  
rebosante de vino, y, ¡oh mi amada!  
como ya tu pureza va á su ocaso,  
cierra la tarde azul de tu mirada...

II

Mas no, yo quiero que tú seas pura  
como la luz que las auroras llevan,

esos blancos ensueños que á la altura  
desde el cerebro sideral se elevan.

Y nunca al desvarío que me asombra  
dejaré que te cause algún martirio,  
ni siquiera que una lágrima de sombra  
empañe el triunfo de tu sién de lirio.

Mas, déjame fingir sueños helenos,  
y desnuda tu límpido alabastro,  
no tendrás en las rosas de tus senos,  
ni aun la leve vibración de un astro;

Que á tu cuerpo, armonioso como un canto,  
lo cubra el tul de una pureza clara,  
cual cubre la blancura con su manto  
á las hostias desnudas en el ara.

Y mientras que con religiosa calma,  
yo contemplo tus formas una á una,  
como á la esfinge de la luz de tu alma  
bajo dormida claridad de luna,

Abraza las estrellas, que en su rito  
van goteando las notas de alto coro,  
como abraza en sus giros lo infinito  
el alma azul de un incensario de oro!



Carlos Peyón Vélez

CARLOS PEZOA VELIS

Muerto en lo más florido de sus años en la sala de un hospital, personificación exacta de ese tipo de bohemio literario que ya sólo vamos conociendo á través de la novela de Mürger, nadie hasta ahora ha igualado en Chile á este poeta en la pompa de su lírica, exuberante de símiles novísimos y de imágenes deslumbradoras. En él esto llegó á casi constituir una tendencia morbosa, que en más de alguna de sus composiciones dañó desgraciadamente la nitidez de la idea y la sencillez del concepto. Fué arrebatado tempranamente á su propia gloria y al prestigio de las letras patrias.

PANCHO Y TOMÁS

*(Fragmento)*

Pancho, el hijo del labriego,  
y su hermano el buen Tomás  
serán hombrecitos luego:  
Pancho será peón del riego  
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos  
de talladura y de piel:  
viven como unos gazapos  
entre un bosque hecho guiñapos  
ó algún llano sin dintel.

O montados en el anca  
frescachona y montaraz

de alguna arisca potranca  
que ha crecido en la barranca  
sobre la avena feraz.

¡Son ya mozos! Pancho lleva  
cumplidos veinte y un mes.  
Es un mozo á toda prueba:  
¡no hay bestia por terca y nueva  
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;  
rubio como es el patrón;  
como él detesta el bohío;  
ama el poncho, el atavío,  
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!  
¡Qué alegrote y que feraz!  
¡Cómo se alborozaba el rancho  
cuando echa á una moza el gancho  
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo  
retrato del buen patrón;  
como él, nervioso y activo,  
gesto brusco y agresivo,  
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,  
pero no es mozo de ley;  
es honrado cual ninguno,  
ni es pendenciero ni es tuno,  
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua  
una dicha que es mejor:  
tener chacra, un surco de agua,  
una mujer, una guagua...  
¡todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas;  
ama el rancho, la mujer...

A veces le asaltan penas  
si las tierras no son buenas,  
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones  
viven en juerga feliz:  
Pancho hondea á los gorriones;  
Tomás canta... Sus canciones  
huelen á trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase  
lleva el chiste y la intención;  
su frase, robusta nace  
y en risotadas deshace  
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,  
monta en precoz gravedad,  
si Pancho horada el carrizo  
ó si atrapa de improviso  
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira  
crecer al viento la col;  
Pancho abrupto monta en ira  
si el pobre Tomás suspira  
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa  
sobre el colchón de maíz.  
El viejo habla de otra fecha...  
Tomás lo sigue, repecha  
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes  
bondadosos y en que hay bien,  
vacas encantadas, bueyes  
de oro, pastores y greyes  
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas,  
ni hombres que ultrajados son;

y en que hacen mil alharacas,  
chicos, trigales y vacas  
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo  
y siervo de sí mismo es,  
y en que la encina, el retamo  
sólo se entrega al reclamo  
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho  
y el viejo y todos en pos:  
todos miran hacia el techo;  
y las manos en el pecho,  
cuentan sus penas á Dios.

### NOCTAMBULA

(CANCION DE AMOR PARA UNA COMPATRIOTA)

Oyeme. Estoy muy solo en un desierto  
sin perfume ni luz, canción ni flores;  
sólo á lo lejos y con paso incierto  
cruza una caravana de dolores...

¿Quieres probar extraños embelesos?  
¡Amame! Te daré regias primicias  
y un ramo de ígneos y quemantes besos  
arrancado al jardín de mis caricias.

¡Amame! ¿Do he aspirado tu fragancia?  
¿Dónde he visto tus ojos zahareños?  
¡Creo que fué una noche de vagancia  
en el país lejano de los sueños...!

¿Qué dice esa paloma en tu ventana?  
«Soy del país donde el ensueño brota  
y vengo á vigilar en la mañana  
el sueño de una linda compatriota...»

¡De allá...! ¿De dónde son esos destellos?  
¿Y de dónde esa luz que en tu alma asilas?  
¡Son pedazos de aurora tus cabellos  
y fragmentos de ensueño tus pupilas!  
Eres luz, eres alma y sentimiento.

Te aman todos. Si en tu hombro me reclino,  
brama celoso en torno tuyo el viento,  
sintiéndose con rabias de asesino!

¿Ves la luna? Su luz nos idolatra.  
Y llega á tu balcón la poesía,  
regia, como venía Cleopatra  
al tocar con su barco á Alejandría!

Duermes... ¿Crees que yo tan solo velo?  
¡Muchas estrellas luz han encendido!  
Salen... y no se ocultan en el cielo  
hasta que te levantas de tu nido!

Duermes... Velan por ti en la noche bruna:  
desde el azul hasta tu riente ceño  
tiende un trapecio hecho de luz la Luna  
para que se columpien tus ensueños...

Y hasta el agua parlera del torrente,  
cuando tu cuerpo de azahar se baña,  
muerde tu carne escultural y ardiente  
con la ferocidad de una alimaña!

¡Y cómo no adorarte! ¡Eres tan linda,  
con esa endemoniada cabellera,  
con esos labios con sabor de guinda  
y esa tristeza alegre de ramera...!

¡Si eres nido de triunfos! Donde andas  
hay derrotas, heridas y desgracias:  
¡si eres una guerrera de comandas  
una legión magnífica de gracias!

Tu cabecita y cuello me han dejado  
la ilusión de que son con sus destellos  
una copa de mármol sonrosado  
llena con el «champagne» de tus cabellos!

¡Oh, «champagne» de poeta! ¡Qué dulzura!  
¡Mira que rubio es! ¡Quién lo bebiera!  
¡Cómo lo saboreara mi ternura  
en una monstruosa borrachera!

¡Salve á tu cabellera desgreñada  
que muestra de sus tintas el tesoro,  
como la gigantesca llamarada  
del gran incendio de un palacio de oro!

¡Salve, princesa blanca y soñadora  
del país de las cándidas violetas  
que habitas el palacio de la aurora



y tienes una corte de poetas!  
¡Salve á ti religiosa pensativa  
del claustro tentador del himeneo  
que rezas triste una oración lasciva  
en el reclinatorio del deseo!

¡Salve á ti! Brotan risas sorprendentes  
de tu boca. Tus frases son baladas,  
y tus ojos rasgados y sonrientes  
son ametralladoras de miradas!

Cuando te miro en angustioso ayuno  
siento un deseo á cuyo tacto vibro:  
devoro tus encantos, uno á uno,  
cual se leen las páginas de un libro...

Día no ha que tus gracias no me arroben.  
Te he visto con los brazos en cadera  
cual regio cántaro de carne joven  
rebotante de luz y primavera!

¡Eros! ¡Partamos de una vez por todas!  
¡Que Satanás bendiga nuestra suerte...  
y vámonos en gran viaje de bodas  
á las playas lejanas de la muerte!

AL AMOR DE LA LUMBRE

Junto á las grutas de las quebradas  
donde las aguas alborotadas  
charlan de asuntos sin tón ni són,  
hay una casa de corredores  
donde hay palomas, tiestos con flores  
y enredaderas en el balcón.

Es una casa de tres ventanas  
donde la madre luce sus canas  
como argumentos de algo gentil,  
y unos modales llenos de gracia  
que hacen más grave la aristocracia  
del aire místico y señorial.

Si fueran cosas de tiempo antiguo,  
más de una oda de metro exíguo  
hubiera escrito Fray Luis de León  
sobre la dama de blanco pelo,

sobre las dichas que allá en el cielo  
tendrán los buenos de corazón.

Y en verdad digna es de verso y prosa  
la blanca mesa, la blanca loza,  
de porcelana de albo matiz,  
los cuchicheos, los tenues corros  
y el agua alegre que salta á chorros  
por una enorme llave matriz.

¡Es una dicha que causa pena!  
La broma alegre, la charla amena  
y allá en el piano, la, si, do, re...  
Los besos largos, las risas claras  
y el titineo de las cucharas  
sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;  
otro que piensa fuma el cigarro  
mirando el humo subir, subir...  
Hace proyectos mientras bosteza  
y ve en las brumas de su pereza  
cosas alegres del porvenir.

La madre cose; la joven piensa;  
la chica enreda su obscura trenza;  
los grandes hurgan temas de amor.  
Y si á la larga se ponen tristes,  
el más alegre cuenta unos chistes  
que á todos ponen de buen humor.

Las flores mustias pueblan la mesa  
y las bandejas de plata gruesa  
y las cajitas donde hay café,  
Y mientras hace sus buenas onces  
la chica dice con pena: ¡entonces  
allá se moja mi buen papá!

Cuando en las noches hay aguacero  
niños y gatos junto al brasero  
oyen «La lámpara de Aladín;»

cuentos de negros dichos en bromas,  
niñas que un hada volvió palomas  
ó gigantones con piel de espín.

Suenan las doce; la madre reza;  
hay en los cielos mucha tristeza,  
abajo un vaho sentimental  
mientras que enfermas de hipocondrías  
cantan las ranas sus letanías  
allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la gloria  
hay una inmensa preparatoria  
donde Dios hace de preceptor,  
y que en la clase, de traje blanco  
á cada uno pone en el banco  
una cometa con un tambor.



Pedro E. Gil

\*\*\*\*\*

PEDRO E. GIL

Personalidad brillante y bien definida. Su musa es alegre y traviesa. Maneja admirablemente el verso y sabe reír y hacer reír. A veces su ironía hace brotar sangre.

Por su clarísimo ingenio y por la casticidad de su lenguaje es sin disputa uno de los primeros entre los poetas jóvenes de Chile.

Un libro suyo sería todo un éxito.

LOS HIJOS DEL DIFUNTO

Doña Remigia, una viuda  
á quien yo conozco mucho,  
que es joven, de buen palmito  
y algunos miles de duros,  
es, sin disputa, la madre  
mejor que existe en el mundo.

Tiene seis ó siete chicos  
(no recuerdo bien el número,  
que son una monería  
por su variado conjunto.  
Los hay gordos, los hay flacos  
en el sentido á que aludo;  
unos parecen tinajas  
otros semejan canutos.  
Los hay bellos como un ángel,  
y otros más feos que el cuco,  
unos con el pelo suave,  
otros con el pelo hirsuto;  
unos con el pelo negro,  
otros con el pelo rubio.

En suma, que en la familia  
hay para todos los gustos.  
Su madre, doña Remigia,  
les quiere á todos por junto,  
y les mimaba y acicala  
con esmero y amor sumos.  
Suele á veces su cariño  
rayar en lo ridículo  
(aquí exige el asonante  
que hagamos grave el esdrújulo,  
y cuando alguien se lo increpa  
así responde al intruso:

«Pero, hijo, ¿qué quiere usted?  
¡que los mimo y los adulo!  
¿Y no son los pobrecitos  
los hijos de mi difunto?  
¿No son ellos mi consuelo  
desde que visto de luto?»  
Luego se tapa la cara  
y llora unos tres segundos.

Y de que tiene razón  
doña Remigia, no dudo,  
porque, á excepción del primero,  
todos los chicos del grupo  
nacieron cuando su padre  
estaba en el otro mundo.

EL FIN DE LA FUNCIÓN

I

El moscovita y el nipón  
¡chitón!  
últimamente han dado fin  
á la cuestión  
en que uno y otro paladín  
sin compasión  
diéronse el más fiero encontrón,  
haciendo ver cada campeón  
que tiene el cráneo de adoquín,  
ó de cartón;  
todo porque hizo el valentón

quien creyó al otro un valentín.

Empero el ruso ¡qué pillín!  
deja por puertas al Japón  
porque el Japón pierde la in-  
demnización.

Al fin de cuentas, el botón,  
digo, el botín,  
lo pesca Rusia sin razón,  
porque el Japón ¿qué saca al fin?  
pues, sólo saca Sakha... lín.

II

La nueva fué como un ciclón  
desde Porstmouth hasta el Japón,  
desde el Japón hasta Pekín,  
y de estación en estación  
hasta Berlín,  
y al fin corrió sin dilación  
el globo de uno á otro confín.

¡Cómo sorprende el notición!  
¡Qué colosal admiración!  
Esos de Wite y de Rosen  
merecen bien  
de su nación  
un monumento en el Panteón.

III

Los contendientes ahora están  
al envainar el espadín.

Pero, ¡por Dios! las gentes van  
á fallecer, tal vez, de esplín.

Cesará el cable en su runrun.  
Sus paparruchas concluirán,  
y el submarino charlatán  
volverá á ser un truchimán  
como el común.

Vuelta á la diaria información  
sobre el vulgar suceso ruín:  
el naufragio de un lanchón  
en el Danubio ó en el Rhin;

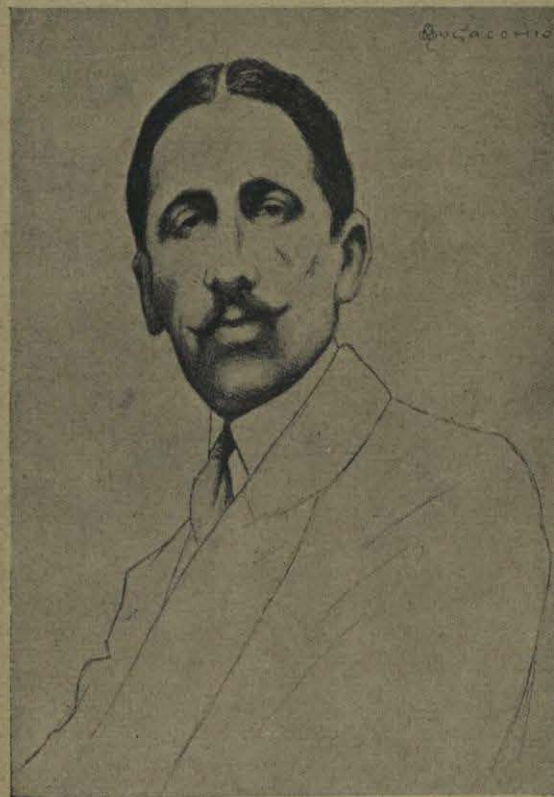
la aparición  
de un grano al Kaiser alemán;  
ó la explosión  
de alguna mina de alquitrán;  
ó el terrorífico desmán  
de un musulmán  
de corazón  
contra el Sultán.

IV

De hoy más, el cable vendrá sin  
Kuropatkin;  
no narrará ninguna acción  
con su hiperbólica expresión,  
y de las gentes, por esplín  
ocurrirá la defunción.

Todo ¿por qué? Pues, porque al fin  
el Presidente de la Unión  
metió su brazo en la cuestión  
y á poca costa, mal ó bien,  
él la arregló en un santiamén.

Resignación  
porque según  
las cosas van,  
ó es quien os habla un buen atún,  
ó en breve habrá nueva ocasión  
para otra bélica función.  
Y entonces, ¡duro á quien el plan  
tenga de aguar la diversión!



Victor Domingo Silva

VICTOR DOMINGO SILVA

Es el más vigoroso y fecundo de los poetas de la nueva generación. Abandonó muy temprano los aires exóticos y sentimentales, para consagrar la pujanza de su estro á la admonición de las turbas oprimidas, al arengar vehemente del caudillo intelectual de las muchedumbres.

Sus versos se caracterizan por la viveza del movimiento en acciones y giros, por la pureza sostenida del tono, por la brillantez del exorno y la unidad del conjunto.

La última parte de su labor artística va tomando un sesgo más apacible, de mayor serenidad filosófica, y como tal más universalmente humano.

Autor de «Hacia allá...» y «El derrotero.» Colabora en «El Mercurio» de Valparaíso bajo el pseudónimo de Cristóbal Zárate.

LA NUEVA MARSELLERA

Hermanos en la vida y en el trabajo, hermanos en el dolor y en todo: estrechemos las manos y pues marchamos todos por un mismo camino, vamos á la conquista de nuestro gran destino.

Todos los que sufrimos debemos ser iguales.  
Si todos recibimos los azotes brutales  
de la maldad, si todos formamos los racimos  
de vieja carne anónima, por qué no nos unimos  
y, apretados en torno de la común bandera,  
saludamos la nueva, fecunda primavera,  
y en esta tierra llena de honor y de impudicia  
clavamos el augusto pendón de la justicia!

¡Hermanos en la vida y en el dolor! Ya es hora de erguirse y rebelarse. Despierta ya la aurora del gran advenimiento de los días supremos de redención... Hermanos, llenos de fe, luchemos por conquistar el trozo de pan que se nos niega: nunca, jamás roguemos (sólo el mendigo ruega,) y ante la puerta de oro de ahitos Baltasares hermanos, escribamos el Mane-Técel-Fares!

En esta gran catástrofe, hasta el verbo de Cristo se pierde, estrangulado por la pasión...

Yo he visto allá en las lejanías de mis viejas montañas, á muchos pobres hombres desgarrar las entrañas de las ásperas sierras, y hundirse en lo más hondo como el reptil, hundirse hasta tocar el fondo, y con el heroísmo de á quien nada le arredra, á tiros y combazos hacer parir la piedra!

Yo he visto en el bochorno de aridez de la pampa al roto, á puro golpe de dinamita y lampa, abrir el vientre enorme de esa opulenta tierra que sembró de cadáveres, otro tiempo la guerra; abrir aquella tierra pródiga de tesoro ya rrancarlo el salitre que vale más que el oro!

Yo he visto en nuestros campos, bajo el sol, bajo el viento á cien desventurados soportar el tormento de horar la tierra propia para el ajeno grano y en el arado ajeno cansar la propia mano!

Yo he visto allá en las minas del sur, en las cavernas, en ese horrible imperio de las sombras eternas, bajar también los hombres al fondo del abismo, gastar allí sus vidas de oprobio y heroísmo, ser hijos de la noche, y arrojar hacia el día el carbón redimido que es luz y es alegría!

Yo he visto allá en los bosques del sur, en la frontera, en esa tierra heroica, como sus hombres fieros, que nunca hollar pudieron los tercios de Castilla y cantó en su epopeya don Alonso de Ercilla,

yo he visto al indio viejo, desamparado y triste, decir, llorando á mares, que «Arauco ya no existe;» regar con sangre y lágrimas el suelo del terruño, decir adiós al rancho, mostrar al cielo el puño, y ante el recuerdo negro del último episodio, lanzar hacia la selva los fantasmas del odio!

Yo he visto allá en los límites del austral archipiélago entre esas viejas islas que bañan brisa y piélago, á los últimos vástagos de aquella raza brava venderse al oro infame como la carne esclava: al pan tender la mano, tender el cuello al yugo, y ser al fin las víctimas del capataz-verdugo!

Y yo me he preguntado si son seres humanos los que así se debaten, si son nuestros hermanos los que así caen, como forzados de galera, luchando para otros en plena carretera; los que así tan cruelmente la ambición crucifica sobre esta tierra virgen, exuberante y rica.

¡Ay! Colocando encima del corazón las manos é invocando los fueros de la justicia. ¡Hermanos! ¿no es cierto que es preciso ser en la vida un muerto para no condolerse con nosotros? ¿no es cierto que es triste, que es bien triste la vida así? ¡Tal vida justifica al blasfemo y enaltece al suicida!

Caín, el fratricida, blande aún en la mano la quijada sangrienta con que mató á su hermano.

Caín, que ya no marcha contra los elementos, no siente ya el azote de los remordimientos.

Caín, que ya no escucha de su víctima el lloro, puso entre él y su crimen una muralla de oro.

¡Y pensar que es tan fácil el remedio! Que tanto dolor, y tanta angustia; que tanta sangre y llanto, pueden ser suprimidos si un día comprendemos que nada hay imposible para la fuerza unida, que aun de la misma muerte la unión arranca vida.

De un mundo al otro, sean todas las almas, una.  
La fábrica y el diario, y el yunque y la tribuna  
forjando sin perezas, sin treguas ni desmayos,  
el lívido tridente de lampos y de rayos  
que tarde ó que temprano provocarán sin duda  
sobre la gran miseria de la tierra desnuda—  
justo y sagrado triunfo del esfuerzo de ahora,—  
el trueno apocalíptico de nuestra gran Aurora.

¡Hermanos en la vida y en el dolor! La inquieta  
voz de las multitudes entusiasma al poeta.

Conmuévenle las voces que suben del abismo,  
y por pensar en todos se olvida de sí mismo.  
Y entonces es profeta, y en su divino augurio  
habla de la suprema redención del tugurio,  
habla de la justicia, y en su canto sonoro  
se presiente el derrumbe de las torres de oro!

«Sus versos doloridos de la miseria humana,  
van por la noche á veces á sonar la campana  
de alarma que sacude la muerte del suburbio.  
Y en el vivac del hambre, junto al arroyo turbio  
que se arrastra, sangrando como una rota arteria,  
todas las podredumbres del vicio y la miseria,  
con voz que la amargura y el odio hacen sonora  
murmuran de esperanzas, de redención, de aurora;  
ponen oído á todos los ecos de allá abajo,  
donde hierve en eterna tragedia del trabajo,  
y oyen la generosa pulsación de una raza  
que se yergue y protesta, que grita y amenaza!»

¡Hermanos en la vida y en el trabajo! Es esa  
la misión del artista que la tierra atraviesa.  
El poeta egoísta que ante la infamia calla  
y calla ante el humano dolor, es un canalla.  
En los días supremos, deben tener las lirás  
los estremecimientos de las supremas iras.  
El gran poeta debe tremolar su bandera  
y lanzar sus estrofas por sobre la trinchera,  
romper los viejos ídolos, marcar los nuevos rumbos,

salvar las marejadas de rayos y de tumbos,  
llevar la frente altiva sobre los firmes hombros,  
alzar á los caídos, marchar por sobre escombros,  
hacer vibrar las almas, mostrar expuesto el pecho  
á los azotes trágicos del huracán deshecho,  
y en una misma ráfaga, y en un mismo delirio  
marchar con sus hermanos al triunfo ó al martirio!

¡Hermanos en la vida y en el dolor humanos!  
Juntemos las banderas, estrechemos las manos,  
y, apretados en torno del común estandarte,  
salvemos la barrera del último baluarte.  
¡Unámonos, hermanos! Que mi misión es esa:  
cantar para vosotros la nueva marsellesa!

#### BALADA DEL VIOLÍN

Aquel mozo enfermo y flaco  
tocaba el violín al sol  
por un sorbo de alcohol  
ó un puñado de tabaco.

¡Y buen dar! cuando tocaba  
algún rondel español  
ó alguna sonata eslava...  
Aquel mozo enfermo y flaco

salía á buscar el sol  
y á llenar su viejo saco,  
por un sorbo de alcohol  
ó un puñado de tabaco.

Salía á matar su esplín  
cuando tocaba el violín,  
cuando como un caracol  
salía á buscar el sol...

Aquel mozo enfermo y flaco  
murió tocando el violín.



¿Qué queréis? Halló su fin  
en un sorbo de alcohol  
y un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al sol  
y abrazado á su violín...



Jorge González B.

JORGE GONZALEZ B.

Nació en 1879. Colaboró en «Pluma y Lápiz» y «Zig-Zag.» Su verso me recuerda ciertas telas prerrafaelistas: una técnica pura hasta el refinamiento y el encanto de un fondo dulcemente melancólico. Se complace en evocar un jardín conventual á la caída de la tarde porque en él sorprenderá su penetración sutil, el alma del microcosmos, las recónditas voces del misterio, la *belleza interna* y profunda del Gran Todo. Y agregad á esta sensibilidad de *convalescente di exquisiti mali*, la música de un verso muy suyo, vago, indefinible, bizarro si queréis, más nunca vulgar. Actualmente prepara un libro de versos líricos, «Opalos.»

EL MISTERIO DE LOS ÓPALOS

(Introducción al libro «Opalos»)

Aquella visión blanca—hada ó sílfide,—iba subiendo la montaña; iba muy pensativa, cerca del mar. Llegaban claramente hasta ella el rumor de los besos de la ola y la estrella y los clamores sordos que en la ribera sola surgían de la lucha del peñón y la ola.

Noche tranquila y bella. La visión misteriosa por la inmensa montaña busca quizás que cosa; recorre los senderos más extraviados y anda sin que repose nunca su paso; anda y desanda los senderos; recorre los cien arcos del monte y trémula se queda mirando al horizonte.

¿A dónde va? ¿De dónde viene esa peregrina visión? En sus intensas miradas se adivina

que espera, sufre como todo lo que en el suelo se posa, como todo lo que alienta un anhelo ya sea luz ó ensueño, ó alondra pasajera que aun cantando al alba sufre también y espera.

Sus manos están llenas de ópalos y de perlas símbolos de tristezas y alegrías; al verlas sonríen las estrellas; y las flores dormidas que no pueden miraras sueñan estremecidas, porque el reflejo vivo de las piedras preciosas algo de su misterio fija sobre las cosas.

Mueve sus manos tenues hechas de espuma y nieve y ante el viento que sopla ella toda se mueve, y es un lirio fantástico que deja de ser lirio para ser una blanca figura de martirio, y hostigada quién sabe por qué presentimiento toma un puñado de ópalos y los arroja al viento.

Y sigue por lo alto de la montaña. Sigue como si no alcanzara jamás lo que persigue. Los ópalos en tanto mordidos por el viento en la montaña virgen hablan de sufrimiento y se narran historias en las que se deslizan la angustia y la tristeza que todo simbolizan.

Y allí están en la vieja montaña solitaria dando algo de su pena, que es perume y plegaria, á todo el que, llevado por el acaso incierto conoce esos arcanos mirajes de lo muerto... dando algo de su pena misteriosa y callada hasta á mucho de aquello ya cercano á la nada.

En el triste silencio de las hojas caídas van, parece, olvidando poco á poco sus vidas y no recuerdan ni la visión ultraterrena que ante miles de estrellas los dejó con su pena solos. De sus ensueños ya no recuerdan nada y allí están con su pena misteriosa y callada!

...Y yo, que errante siempre por todos los caminos he visto siempre tantos y tantos peregrinos,

también ví esa adorable visión, y el florilegio de sus dos manos tenues; y miré el sacrilegio de esas dos manos tenues cuando como un reproche arrojaron los ópalos al viento de la noche.

De ahí que esas historias sean ahora más y hallan en mi espíritu tantas melancolías. Incansable viajero cruzo por la montaña y mi tristeza se hace cada vez más extraña, más negra y más extraña, como las piedras esas que guardan el misterio de todas las tristezas.

#### MISA DE PRIMAVERA

¿A dónde vas como las enlutadas visitantes de Dios?... Muy buenos días. Bien sentí una cadencia de pisadas sobre mi corazón: ¡tú que venías!

Descansa aquí. Por entre el negro velo me mostraras las gratas alegrías de esos ojazos en que puso el cielo todo el encanto de sus lejanías.

Porque tus ojos... aunque no! Tus ojos se alaban solos; guardaré mi empeño. ...Son cuando los sombrean los sonrojos como las celosías del ensueño!

Desciñe un poco el velo que te cubre. Para que más se alegren tus pupilas yo robaré á la floración de Octubre un manojo de malvas y de lilas.

Conversemos. ¿Te alarma la campana? No es hora aun... ¿No ves? Ya iremos juntos y rezaremos toda la mañana implorando perdón por los difuntos.

La oración que nosotros rezaremos alegrará al Señor, y esa alegría